

WILLIAM MORRIS, *Escritos sobre arte, diseño y política*, Editorial Doble J, Sevilla, 2005. 185 páginas.

Arte y vida van de la mano. El arte, incluyendo aquél con el que nos cruzamos día a día —léase, los edificios que nos rodean y no sólo las obras contempladas en horario de museo—, es expresión de la naturaleza humana; es expresión de vida, y la vida, a su vez, no puede ser contemplada, ni analizada, sin sentido de lo bello. Pero, ¿por qué nos habituamos acríticamente al entorno? ¿Por qué aun hoy cuesta tanto entender que un mejor entorno estético en nuestras vidas contribuirá siempre a mayor paz social? Quizá es porque pensamos en el arte, en la vida y en la política como entidades o compartimentos separados.

Pero leer a William Morris ayuda a armarse de valor y desmentir este tópico, derivado, sin duda, de entender la creciente especialización científico-técnica no como una mera ventaja funcional sino como un absoluto que se correspondiera con la realidad. El conjunto de textos que reúne este libro —transcripciones de conferencias de las tres últimas décadas del siglo XIX— son muy valiosos para integrar las supuestas “parcelas” de la vida humana en vez de separarlas. Por ejemplo, ¿acaso no cabe relacionar entre sí las propias palabras del título del libro aquí reseñado? ¿No cabe un diseño, o un arte, de la política? ¿No podríamos decir que, sin tener por qué derivar en un arte teledirigido por un Estado totalitario, el arte contiene en sí un sentido político, o cierta misión social?

William Morris fue un artista en el sentido más amplio, tal como él entendía el arte; es decir, fue artista y artesano a la vez, diseñador, interiorista, fabricante,

empresario, traductor, impresor, editor, calígrafo, tipógrafo, además de poeta, novelista, ensayista y, por si fuera poco, activista político y dirigente de un pequeño partido político de izquierdas. A Morris le tocó, por si fuera poco, la difícil labor de conducir el debate ente socialistas y anarquistas en Inglaterra a finales de la década de 1880. Polifacético y activista, en sus propios textos se respira su extraordinaria inquietud y sensibilidad, y su capacidad para mirar la historia como una sucesión de cambios, quizá muchos de ellos necesarios, pero a su vez susceptibles de crítica y mejora. Fue un pensador rebelde en la Inglaterra victoriana de su tiempo. Por ello, hay que entender todo lo referido a él más que nada como una capacidad de ver las cosas bajo otro prisma, cuya base era, paradójicamente, atender más a *lo que ya está ante nuestros ojos*, nuestro entorno físico; embellecerlo, mejorarlo, intentar acomodarlo a una forma de vida más tranquila, más civilizada, progresista, y acorde con la naturaleza.

Artes: una separación ficticia

El autor defiende que la separación entre los distintos campos del arte en tanto especialidades es, primero, algo nuevo, sólo propio de su época, y segundo, algo ficticio, pues todas las artes están por naturaleza unidas entre sí, de modo que “la muerte de un arte es la muerte de todas las demás” (p. 13). Esto incluye no sólo a la pintura, la escultura, la arquitectura, etc., sino también a las llamadas *artes decorativas* o *artes menores*, cuya función para él

no es otra sino terminar del mejor modo posible la ejecución de una obra, y así, hacer de ésta un objeto más perfecto, y que nos invite a agudizar nuestro sentido de aquello que nos alía con la naturaleza, y por ello, también, con nosotros mismos. Dos de sus mayores preocupaciones son el descuido de la arquitectura en tanto cooperación entre todas las artes y el relajamiento y la pérdida de creatividad en las artes decorativas, fundamentales como factor de mejora de la vida cotidiana.

Ecologismo

Otra separación antinatural —y aquí nunca mejor dicho— que destierra el autor es la de naturaleza *versus* civilización. El hombre vive en la tierra, pero eso implica también que ambos son inseparables en el camino hacia el progreso. Una industrialización y una urbanización sin límites en la estética ni en el cuidado del entorno suponen un mal moral, y en verdad, un ataque a la civilización.

Preocuparse por el entorno es, para Morris, un ejemplo de dignidad personal y de capacidad moral. Son demoledoras sus críticas a la fealdad creciente de las calles de Londres y del resto de ciudades de su país. Es curioso, en este sentido, cuán lejos estamos aún de esta forma de sentir aquello que nos rodea como parte de nosotros. Si bien no cabe duda de que la posición del autor es un ejemplo evidente de ecologismo, y por ello muy adelantada para su época, no es menos cierto que su modo de expresar dicho amor a la naturaleza contiene una sensibilidad y una sutileza muy alejadas de las formas actuales de protesta ecologista. Quizá eso se debe a que en el caso del autor esta forma de mirar al ser humano y la naturale-

za es muy individual, muy sentida, y por ello denota una pluma más literaria que la meramente *activista* del más organizado (e impersonal) movimiento verde actual. Esto invita a destacar cómo las ideas políticas o posicionamientos morales pueden expresarse de un modo agradable, estético, y en definitiva menos cargado de clichés.

Trabajo e imaginación

Un aspecto fundamental del pensamiento de Morris es, en línea con su marxismo, su idea de la necesidad de liberar al ser humano del trabajo mecánico, típico de las fábricas en la industria creciente y en la producción masiva de productos estandarizados, en donde él ya preveía el sentido decadente de una vida dedicada a consumir por inercia y compulsión, y no por gusto o convicción.

Su crítica se centra en las clases más acomodadas, incluyendo a buena parte de las clases medias, a las cuales, en todo caso, dirige la mayoría de conferencias y discursos plasmados aquí por considerarlas el foco inicial del posible y deseable incremento de conciencia de la decadencia social; es decir, un motor principal para iniciar ciertos cambios sociales y políticos. No obstante, su principal destinatario (aunque sea en la mayoría de estos textos, un destinatario aludido en tercera persona) es el proletariado; esos obreros a los que, en sus días, un progreso técnico e industrial mal entendido cada vez alienaba más, convirtiéndolos en esclavos de las máquinas, en meros operarios sin capacidad de personalizar su trabajo diario, para el cual se requería cada vez menos cualificación y más sometimiento ciego. Así, distingue entre trabajo mecánico absoluto, el cual debería dejarse exclusiva-

mente a las propias máquinas; trabajo inteligente, aplicado por el ser humano mediante el uso de las máquinas, para su mejor aprovechamiento y utilidad social; y trabajo imaginativo, totalmente individual y personalizado, que es el más cercano al arte y a la naturaleza humanos.

Es sumamente reconfortante, asimismo, su distinción entre lo que denominaríamos dos *estados de tiempo vital* en el día a día del ser humano: 1) el estado de vigor, dedicado a hacer lo que uno debe hacer (ahí se ubicaría el trabajo asalariado) y, 2) el estado de ociosidad, en el cual se desarrolla la imaginación y la creatividad. Ambos estados forman parte de la naturaleza humana y deben equilibrarse en armonía y sin conflicto, es decir, deben ser complementarios. El valor del primero no está en la capacidad de obediencia, sino que debe ser el placer por esforzarse con el fruto de dejar algo bien hecho, o mejorado; el valor del segundo no está en un descanso improductivo y la fácil autocomplacencia, sino en dejarse llevar y, mediante la imaginación, ser productivo, no sólo en cuanto a pensamiento, sino que también cabe aquí el trabajo material creativo, artístico. Con esto último el autor también critica esa imagen tópica que en sus días se hacía extensiva —y aun hoy perdura— del artista como un ser bohemio, aislado, separado de la sociedad, y por extensión, de la conciencia política.

La agudeza con que William Morris describe esa necesidad de equilibrio entre trabajo y ocio, y mediante la cual, además, defiende que el trabajo puede ser algo deseado, y no exclusivamente sentido como una maldición bíblica, permite leer quizá las mejores páginas del libro, sobre todo por la mirada detallista del autor.

Esperanza y revolución

Siendo un socialista militante, ¿cuál es el eje del ideario político del autor? Es la revolución, sin duda, pero él no defiende una vía violenta hacia la misma. Para Morris toda revuelta debe ser organizada, inteligente, y sólo así, será eficaz. No basta con vencer en el combate; hay que vencer con mejores ideas, y una actitud más digna y moral que tienda puentes en toda la humanidad, entre todos los sectores de cada sociedad. El obrero sólo tomará el dominio de su propia vida cuando sea consciente de las metas del arte, que no son distintas de las metas de una vida mejor; cuando aprenda a valorar lo bello, y no sólo lo justo, pues en todo caso el autor no diferencia entre ambas nociones. Es por ello que entre las labores de los sindicatos el autor defiende una principal: la de acercar al proletariado a la sensibilidad artística e impedir que caiga en el círculo vicioso de producir y consumir productos con escaso valor estético y creativo.

Morris en ningún momento, sin embargo, es idealista o romántico, en el sentido peyorativo; por el contrario, es sumamente práctico. Por un lado, defiende que los avances técnicos, científicos e industriales, no tienen por qué contradecir el avance moral, ni el gusto por el arte —o por lo bueno y minoritario—, ni mucho menos el cuidado de la naturaleza. Critica toda moda y todo consumismo, pues ambos hacen cómplice a toda la sociedad, sin excepción, de una inercia social consistente en la compra y venta de productos no diferenciados, acumulados sin sentido, y cuya máxima “virtud” no es que estén hechos con gusto e imaginación, sino que han sido producidos en masa y vendidos a bajo precio.

Así como no entiende que la industria suponga que el ser humano sea esclavo de las máquinas, tampoco defiende hacer obras de arte por la belleza en sí misma, pues crear por el sólo hecho de crear belleza, a la larga, produciría afectación. Se puede afirmar que no defiende ni la utilidad ni la belleza como valores absolutos. Defiende tanto que las máquinas nos pueden ser de mucha utilidad como que el arte debe estar conectado a las necesidades cotidianas, entre las que, sin duda, no sólo no descarta, sino que incluye, la contemplación inteligente y no afectada de lo bello o el mero placer de realizarlo de un modo individualizado, y sólo así, verdaderamente útil para los demás.

Cree Morris en un socialismo constructivo que impida que lo que alguien gane sea a expensas de otra persona. Y sí, cree en la revolución, pero en un sentido progresivo y

moderado, pues tiene fe en la humanidad, y en que, llevada a ciertos límites de descontento generalizado, la sociedad pueda despertar de su letargo. Es por ello que también sus palabras son incendiarias a la vez que sensibles, pues, de un modo elegante, sus conferencias estaban destinadas, como él mismo confiesa, a provocar la duda y el descontento, y así, abrir la posibilidad para los cambios sociales y políticos que tanto anhelaba. Es optimista, pero no en un sentido voluntarista o ingenuo.

Supone, pues, este libro, una buena dosis de esperanza, y un jarro de agua fría sobre nuestra conciencia. Menos mal que estas conferencias, tan vitalistas, se han traducido de manera conjunta, a modo de antología representativa, por primera vez en nuestro país. Nunca es tarde si la dicha es buena.

IVÁN RISUEÑO